

MARÍA LAURA DE ARRIBA

por Mónica Marinone¹

Cuando pregunté a María Laura si era posible desplazar esta entrega debido a un viaje, accedió y además ratificó su (temeraria) decisión argumentando, entre otras cosas, nuestras “enormes afinidades electivas y el común recuerdo de la gran Maestra: Susana”. Quebranto la confidencialidad del intercambio escrito y la cito al menos por dos razones: Susana Zanetti fue mi Maestra y amiga, quien, como también a María Laura, inculcó, a través de gestos y palabras, una generosidad intelectual poco usual en el campo de las Humanidades y las Ciencias Sociales. Precisamente Laura y yo compartimos espacios de intercambio promovidos por la Asociación Amigos de la Literatura Latinoamericana recién después de la dictadura militar, cuando dos Maestros, Susana y David Lagmanovich, promovieron la configuración de redes entre quienes nos habíamos acercado con timidez a las Universidades y estudiábamos objetos censurados o aun prohibidos hasta 1984, en especial si se trataba de lo contemporáneo a la época oscura e incluso de principios del s. XX. Me refiero a textos en géneros diversos que, en realidad, eran interpretaciones críticas -más y menos oblicuas- de la Cultura del continente, producidas por escritores y escritoras considerados “subversivos”² (la mayoría de ellos, alineados con la Revolución Cuba-



na en sus inicios). Pero en los argumentos de María Laura destaca una frase (ella no lo sabe) que arrastra para mí un poder de encantamiento: afinidades electivas. En ese mismo intercambio agregé: “Del fondo de la memoria me suena a Goethe...”. Y mágicamente, como sucede con el lenguaje, la memoria, lecturas comunes en la niñez y la adolescencia, mandatos familiares y experiencias compartidas, si bien nada próximas (ella en Tucumán, yo en Mar del Plata) no obstante congruentes, atraje el título de la novela, Las afinidades electivas, y lo interesante, la fuente reconocida por Goethe en alguna carta; pienso, es claro, en la Química. Fueron los químicos quienes teorizaron sobre la afinidad de las sustancias, una fuerza que, en el s. XVIII denominaron “afinidad electiva”, teoría que fue desdibujándose paulatinamente; aunque vale anotar que no siendo químico, Newton ya

a fines del s. XVII, en su Óptica se refería a esa fuerza “intensa” entre las partículas de los cuerpos. Resta decir en beneficio de mi uso mágicamente que Susana Zanetti admiraba a Goethe y su anhelo fáustico, esa compulsión totalizante de un moderno cuyo deseo (los modernos eran sujetos deseantes) lo llevó a ensamblar con comodidad (como a muchos) la ciencia y la literatura. Para quienes estudiamos la cultura latinoamericana, estos desplazamientos entre dominios disciplinares o estas apropiaciones de los escritores en beneficio de metaforizar asumiendo cualquier riesgo son lo frecuente (recordemos algunos temas de la novela de Goethe: la revisión del campo social y las relaciones humanas, de leyes que llevan a ciertas uniones e impiden otras, de reacciones de ruptura y reordenación ...). Dicha tendencia también se impone con mayor y menos énfasis en la historia de nuestra escritura y conlleva como consecuencia, la necesidad ineludible (la mayor obligación) que se porta en tanto lector especializado: María Laura de Arriba se asienta en una epistemología de frontera y así responde a un reclamo inherente al objeto de estudio (otra enseñanza de Susana). Sus ensayos, su experticia teórica y crítica sobre diferentes lenguajes artísticos delatan el aprendizaje de dicha necesidad que sin dudas resulta el primer gran reto.

Desde el año 2000 a la fecha, con Laura hemos sostenido un intercambio continuo pese a la distancia. En los viajes a cada Congreso o reuniones generales de las redes donde participamos (Katatay, AUGM-Grupo Montevideo), celebrados en Mar del Plata, Tucumán, Bs. As., La Plata, Mendoza, Río Negro, Córdoba... y, es claro, en el exterior, las afinidades han surgido en propuestas académicas, conversaciones personales o salidas (recuerdo el viaje a Santiago de Chile en 2015, cuando desde Tucumán y Mar del Plata, coincidimos por tierra en el cruce de la cordillera, con temperaturas bajo cero, nieve inimaginable para esa época del año (octubre) que obligó a cerrar el paso y a una espera que presumía no llegar a tiempo, pero para ambas la consigna fue continuar quizás en respuesta al mismo mandato: la responsabilidad respecto de lo que se debe hacer). En 2006, con amigos que han transitado caminos similares a los nuestros a partir del desarrollo del grado durante la dictadura en cada una de sus ciudades (E. Foffani, R. Patiño, T. Basile, M. Bernabé y L. Pollastri) fundamos la Red Katatay, un proyecto sólido que, actualizado, incluye a otras colegas (G. Salto y A. Costa) y vincula 7 Universidades Nacionales en el Área de Literatura y Cultura Latinoamericanas, proyecto que se sostiene y reúne a investigadores y docentes jóvenes; un proyecto impulsado por la voluntad de afirmación de un legado que antes asumieron otros y fue visible para nosotros en los gestos de política cultural de nuestros referentes en la disciplina. En coincidencia, después de 2010 María Laura y yo desarrollamos gestión en el Área de Posgrado en nuestras respectivas Universidades. En esa época la proximidad se fortaleció por compartir las presentaciones de nuestras Carreras a las categorizaciones de CONEAU: intercambio de datos, democratización de nue-

vas fechas, manejo del software, contactos que quizás podían canalizar dudas..., es decir, aquello que significaba facilitar las tareas, más aún cuando varias eran las Carreras a presentar, se intercambió sin reticencia desde mensajes o llamados telefónicos. Me parece que la generosidad desinteresada es una semilla que prendió en todos nosotros desde los inicios, y es una cualidad que admiro en esta "hermana" de la vida quien, ya jubilada, participa en Comités Académicos de los Doctorados, es integrante de tribunales de tesis y sigue acompañando (formando) a recursos humanos jóvenes a través del dictado de seminarios de posgrado o desde su presencia y comentarios en simposios y charlas que ellos organizan, esa "hermana" a quien suelo pedir que no escriba sus mensajes, sino que los grabe, para escuchar la tonada tucumana, que, como la cordobesa, me resulta hipnótica por su ritmo, esa cadencia sosegada que invita la escucha.

La referencia al cruce de los Andes no es inocente: María Laura de Arriba fue una Profesora viajera. Pienso que tanto su trabajo arduo en la gestión como antes la decisión de salir de Tucumán para dar clases en Salta (en la sede Tartagal y luego en la capital) son elecciones que ponen en escena un compromiso con la Universidad pública que suele olvidarse, pero representa una traza fuerte (otra afinidad) hacia mi archivo personal y profesional que no le he comentado. Laura suele contar anécdotas de algunos de sus viajes, quizás risibles cuando se escuchan a la distancia, aunque dramáticas como experiencias in situ. Mi madre fue maestra normal y durante años trabajó en escuelas rurales; también contaba experiencias que María Laura me hizo revivir alguna vez a trasluz, y en mi caso, di clases en una escuela rural a 70 km. de Mar del Plata a poco de recibirme

(viajábamos dos veces por semana y hacíamos "dedo" para volver -con el peligro que significaba). Hoy escribo estas líneas para reconocer a Laura, quien, como nos han enseñado los semiólogos, operó durante años como un vector entre sistemas (los vectores reciben información, la compactan y traducen engarzando diferentes materialidades signicas³); y a través suyo recordar de nuevo a Susana, quien dejaba la comodidad de la capital para formarnos en los Posgrados, cuando por ejemplo proponía seminarios sobre temas de los que "no sabíamos nada", y nos ayudaba a saturar vacíos arrastrando libros y fotocopias que ocupaban una enorme valija donde casi no había ropa. Estas dos profesoras viajeras, *mutatis mutandis*, han ponderado a los otros, se han retroalimentado en cada práctica, han crecido a la par y abierto canales comunicativos en aras de ese compromiso con la educación pública que tanto suele esgrimirse y muy poco concretarse.

Finalmente quebranto de nuevo la intimidad de nuestras conversaciones recuperando lo menos extravagante y sin embargo tan significativo: las hijas (ambas tenemos dos; son cuatro mujeres fuertes y trabajadoras); los maridos (hace mucho tiempo que estamos casadas y siempre comentamos lo que nos enoja y divierte de ellos -Laura a veces me envía viñetas dibujadas por su esposo donde la reconozco en escenas o deliciosos intercambios de la "vida conyugal"). Y los gatos... esas presencias que ambas amamos, respetamos y cuidamos con dedicación, seres que observamos deleitadas porque se parecen mucho a los libros que estudiamos: atraen y a la vez se resisten al control, impulsan la curiosidad y abrevan el enigma... criaturas que creemos conocer y de repente se transforman en lo otro, lo ajeno e insondable, o mejor en frases de Borges que resuenan libres en

mi memoria: esos seres que “buscamos vanamente”, los que portan “la soledad” y “el secreto”.⁴

Al despedirme de María Laura de Arriba suelo repetirle lo mismo: lástima que no vivamos más cerca, iría a verlos, a charlar con vos, con Ustedes. Amiga: hoy me aproximo de esta manera; en cada párrafo intenté restituir la vitalidad de un vínculo que imagino como esos diálogos cuya particularidad es la pura continuación.

■ NOTAS

1 Prof. Titular de Literatura y Cultura Latinoamericanas II. Facultad de Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata

2 Cito sin orden y destaco que en general todos contribuyeron a la internacionalización de la literatura del continente en los '50/ '60: A. Roa Bastos, Carlos Fuentes, Julio Cortázar, Elena Garro, Juan Rulfo, José María Arguedas, Nancy More-

jón, Mario Benedetti, Juan C. Onetti, G. García Márquez, A. Carpentier, Julieta Campos, Roberto Fernández Retamar, José Lezama Lima, Elena Poniatowska, Miguel A. Asturias, Haroldo Conti, Rodolfo Walsh, Griselda Gambaro ...

3 Cfr. Y. Lotman, *Semiótica de la cultura*. Madrid: Cátedra, 1979

4 Las referencias son de “A un gato”.